

el producto fermentado de la uva. Los repetidos alcoholes los someten también á la rectificación y depuración, operaciones costosas, que cuando las realizan se cotizan á precios subidos; y como los alcoholes de procedencia extranjera, sin contar la prima que reciben de su exportación se venden á precios fabulosamente baratos, no han podido someterse á los indicados procedimientos depurativos, y circulan con cantidades considerables de *alcohol amílico* ($C^{10}H^{12}O^2$), *alcohol butílico* ($C^8H^{10}O^2$) y otros muy nocivos á la salud, como he tenido ocasión de observar en diferentes análisis efectuadas.

Dedúcese de todo esto, que los licores preparados con estos alcoholes y los vinos encabezados con los mismos, llevan gran parte de sustancias nocivas.

1.º El *alcohol amílico* ($C^{10}H^{12}O^2$) hidrato de óxido de amilo, muy estudiado por Scheel, Dumas y Cahours, forma la mayor parte del líquido oleoso que queda de *residuo* en la destilación de aguardientes de patatas, de orujos, de cereales y de melazas de remolacha; pero como en las grandes fábricas de destilación extranjeras aprovechan *estos residuos*, volviendo á destilarlos hasta segunda y tercera vez, recogen en estos productos que pasan á los 128º y 134º el referido alcohol, con el *butílico* también nocivo. El *alcohol amílico* es un líquido incoloro, de olor particular, sofocante y sabor acre. Es inflamable. Soluble en el alcohol etílico ó de vino. Los agentes oxidantes le transforman en aldehído valerico y ácido valeriano.

2.º El alcohol *butílico*, descubierto por Uurt, se obtiene también del mismo residuo á la temperatura de 105 á 110º; es incoloro y olor análogo al del amílico; arde con llama brillante. Soluble en 10 volúmenes de agua.

Ahora bien; comparemos estos alcoholes homólogos del alcohol ordinario, y resulta que, según los experimentos de Cros, Richardson y Rabuteau, el alcohol *etílico* ó de vino es de tres á cuatro veces menos tóxico que el alcohol *butílico*, y quince veces menos que el alcohol *amílico*; por lo tanto, estos alcoholes y casi todos los de la serie $C^n H^{2n} + O^2$, á que pertenecen, son tanto más tóxicos, cuanto mayor número de veces contienen al grupo CH^2 , contándose entre éstos los alcoholes *propílico*, que hierve á 86º; *capróico*, caprílico, etílico, melirico, etcetera, que por no fatigar la atención de los habituales lectores de *Los Avisos*, no describimos, procurando ceñirnos lo más posible al objeto principal, y sin abandonar los escritos de los profesores que les han estudiado, entre otros, Archambult, Beclard, Charcot, Dechambre, Orfila, Pasteur, Regnault, Chutzenberg, Uurt, Taylor, Schel-Faget, Puerta, etc.

Resulta probado:

1.º Que los alcoholes industriales de alta graduación, aunque estén bien rectificadas y depurados, siempre son más nocivos que los procedentes de la destilación del fruto de la uva.

2.º Que á la mayor parte de dichos alcoholes les falta la operación principal de *depuración* y contienen cantidades importantes de *alcohol amílico* y sus derivados, debiendo prohibirse su uso para el encabezado de los vinos y para la confección de licores, aplicándose tan sólo en la pintura, barnices y como combustibles.

3.º Que los buenos alcoholes de vino puro jamás contienen alcohol amílico ni otros de los ya mencionados, siendo preferibles por todos conceptos.

En cuanto á las experimentos fisiológicos realizados por el Dr. Vera, para terminar demostrándonos la poca toxicidad del *alcohol amílico*, permitame que en primer término exprese mi sorpresa, máxime cuando no hace un año se expidieron varios certificados del Laboratorio municipal por su digno jefe, declarando malos los aguardientes y vinos que le contenían en cantidades casi inapreciables. *¿Cur tam varie?* ¿A qué obedece este cambio de parecer en tan

corto tiempo? ¿Es acaso á haber hecho pruebas directas en las mismas personas de los señores Garagarza y Vera hermanos, con aguardientes puros previamente adicionadas cantidades crecidas del *alcohol amílico*?

Pues yo opongo á esta afirmación los experimentos realizados por el célebre toxicólogo Rabuteau y por los eminentes observadores Pelletan, Mitscherlich, Brown-Sequard y Jackson, quienes demuestran extensamente la gran toxicidad del *alcohol amílico* como veneno hemático, quince veces mayor que el *alcohol etílico* ó *vinico* ($C^2H^4O^2$), y en varios experimentos hechos notaban sus efectos hasta en pequeñísimas dosis, pues habiendo añadido de ocho á diez gotas del *alcohol amílico* á un cuartillo de vino común de buena calidad, las personas que ingirieron dicha cantidad en el espacio de veinte horas, experimentaron embriaguez penosa, acompañada de compresión en las sienas, y mucha debilidad en los miembros inferiores; y un poco más aumentada la dosis, hasta uno ó dos gramos, sobrevénia la paralización de la sensibilidad y motilidad con otros trastornos más graves del cerebro.

Y no debemos sólo fijarnos, Sr. Vera, en la cantidad dada que se necesitaria de cualquiera de los alcoholes para producir la muerte por *alcoholismo agudo* en el plazo de veinticuatro horas; para hacer razonables comparaciones, es de primera necesidad también atender al *alcoholismo crónico* ó *lento*, y más con cantidades del *amílico*, que con pocas que sean, han de producir seguramente el alcoholismo completo.

De todo lo cual se deduce, como consecuencia final (y sin ser pesimista): que los alcoholes industriales y rectificadas deben considerarse como nocivos para la salud por el *alcohol amílico* que contienen; pues es evidente que no están depurados de este agente, y otros que les impurifican, á pesar de su rectificación y alta graduación.

Termino haciendo notar que, el arma más justa y poderosa para contener la invasión extranjera de los alcoholes, es la influencia perniciosa que sobre la salud pública pueden ejercer, dada la composición que dichos alcoholes tienen; después, si los economistas proponen otro procedimiento para favorecer la industria nacional de los alcoholes, esta será cuestión ajena á los hombres de ciencia; yo, el último de todos, he dado la voz de alerta para que sacudan la inercia que domina á nuestros compatriotas, y levanten su autorizada voz enfrente de teorías que parecen acomodaticias que hoy predominan, y por muy buen deseo y con brillante pluma que se expongan pueden causar males sin cuento, siendo el pobre pueblo el que paga siempre.

De V., Sr. Director, con la mayor consideración afectisimo seguro servidor, Q. B. S. M., Dr. Fernando Belloso.

Antaño y ogaño.

(CUADRO VENEZOLANO.)

Parece mentira, pero en aquel tiempo hacía en Caracas un frío de soplar los dedos. La pacífica ciudad de nuestros progenitores amanecía tiritando bajo una espesa niebla que apenas dejaba ver hacia el cielo uno que otro campanario, y en la tierra algún imperturbable cristiano, que arropado hasta las orejas en su capote de cuadros, se encaminaba á oír la acostumbrada misa conventual.

¡Qué tiempos aquellos!

Las costumbres eran sanas, los amores casi pastoriles; bastaba un pelo de la barba para afianzar la palabra empeñada: sosteniase la amistad por el respeto mutuo y por la llaneza de las aspiraciones, que nunca se sobreponían

á los afectos; y la vida se dejaba sentir como el sueño de una reposada digestión.

Me imagino á nuestras venerables abuelas en su lozana mocedad, con sus sayas cortas y de escasísima anchura que dejaban adivinar sus formas sin agregaciones ni postizos, y en que el estrecho ruedo permitía el paso libre al pulido pié primorosamente enrejado de cintas que se cruzaban sobre la trasparente media de seda calada y cuyo arqueado puente dibujaba el sutil zapatito de raso ó cordobán.

¡Con cuánta majestad no se alzaría sobre el zorongo piramidal la altanera peineta de carey acariciada á veces por la mantilla de indiscreto encaje!

Lechuginos de naciente patilla y tímida iniciativa, nuestros abuelos admiraban con ojos antojadizos el garbo y donosura de aquellas damas, las que acostumbradas á huir siempre de ocasiones pecaminosas, no se atrevían á deleitarse en el gran chaleco de mayúsculas solapas, del que pendía á manera de plumada la cadena del reloj de repetición, en el estirado corbatín, la camisa de primorosa rejilla y de cuello invasor, el pantalón de cumplida tapa y lazada tradicional.

¡Así eran de modestas y recatadas aquellas costumbres!

Cuando las concertadas voluntades de los respectivos padres no quitaban al fogoso muchacho de veinte años el derecho de declararse *motu proprio* á la doncella de quince, el pretendiente tenía que ablandar á poder de sentidas décimas y de alusivos romances, nó el corazón de la dama, que acaso le tenía partido en dos mitades por su amor, sino la timidez natural de una alma sencilla que había escuchado decir desde sus primeros años que el ver á los hombres era tentación de los sentidos, y el quererlos bien, pecado mortal.

Una vez comenzados los amorios con la poesía pudorosa del romance amatorio, no se evapaban en los espumosos requiebros del romanticismo, sino que tomaban cuerpo y seriedad de cosa arreglada en el clasicismo de la partida de tresillo en el suficiente *quorum* de tías desocupadas, y en el prosaísmo del rosario entonado en coro, con que se cerraban las pacíficas sesiones de todas las tertulias.

Si se trataba de bailar, cosa que sucedía tan sólo en ocasión de algún cumpleaños, de grande alegría en la familia, ó de algún padrino de barba, y siempre con no poco escándalo del respectivo confesor que reclamaba para este ejercicio el calificativo de «escollo de la inocencia y tumba del pudor» con que lo anatematizó San Ambrosio; si hombres y mujeres se entregaban á este género de diversión, la danza no era sino oportunidad en que se disputaban palma la cortesía y el donaire, sin que las parejas pusiesen en contacto otra cosa que las puntas de los dedos, corriendo todo el dibujo por cuenta de los piés que travesaban sin locura, describiendo caprichosos perfiles y piruetas que nunca se alargaban más allá de los naturales arranques de un placer contenido en los lindes del más ceremonioso respeto.

Reunidos por la noche algunos amigos, jamás la conversación invadía el terreno de la política, alimentándola únicamente las referencias más ó menos comentadas de inocentes intriguillas de los reverendos frailes y las repetidas murmuraciones contra el monopolio de la Compañía de Jesús; mas si alguna vez el razonamiento dejeneraba en debate, y éste llegaba á salirse del grave compás que sendos y pausados golpes de rapé le señalaban; si se dividían las opiniones hasta el extremo de poner en peligro la buena armonía de los amigos; la señora de la casa, que estaba en todo, hacía que apareciese de improviso y en lo más espinoso de la disputa, la pulida mulata portadora de una bandeja donde sonaban en conocido traqueteo igual número de tazas que de tertulianos, en medio